

desmintiera la historia real de la humanidad, cosa ya de todo punto imposible.

Todas cuantas instituciones sociales se han creado, y aun hoy subsistentes en la misma ó variada forma, responden innegablemente á las preocupaciones religiosas, á jerarquías autoritarias, á prepotencias económicas, al predominio de la fuerza. Las costumbres, las leyes, la familia, la educación, la moral, la libertad, el derecho, la justicia, la industria, el comercio, y también el arte, y aun cierta mercenaria ciencia, hállanse subordinados á los poderes religiosos, políticos, económicos y militares fuertemente enlazados y solidarios en la común explotación del resto de la humanidad: procuran los primeros la resignación y la mansedumbre de las masas; imposibilitan cuanto pueden los segundos todo avance reivindicatorio del pueblo subyugado, por medio de un encadenamiento jurídico y penal; exprimen y absorben los terceros todo el jugo de los trabajadores; y se encargan los últimos de sostener los privilegios de todos los opresores, y á la vez los suyos, por medio de la organización de la fuerza. Tales son las bases sobre las cuales descansa el edificio social, de todo punto contrarias á la Ciencia, á la Naturaleza, á la dicha de la humanidad.

Es, pues, un hecho positivo que las leyes naturales se han quebrantado y repudiado, transcurriendo unos siglos tras otros, sin poder desmentir todavía aquellas célebres palabras de Mirabeau: «No conozco sino tres maneras de existir en la sociedad: es preciso ser mendigo, ladrón ó asalariado». Y esto no es ni puede ser la sociedad basada en la Naturaleza y en la Ciencia; y en consecuencia, contrario al régimen igualitario, sin el cual no puede existir el derecho, la paz, el bienestar.

¿Cómo la humanidad se apartó del orden natural de las cosas, penetrando en los dominios de la arbitrariedad? Repetidamente lo hemos dicho: *por la ignorancia*. En vez de adoptar una simple organización sólo para mejor

satisfacer las necesidades individuales y colectivas, *sin más cohibiciones que las que la misma Naturaleza ofreciera*, viviendo entre sí los individuos con la misma igualdad con que la Tierra sustenta á todos los seres, se guió por sus grandes preocupaciones y errores, interpretando muy mal á la Naturaleza, y á la concepción de la arbitrariedad creadora de los mundos sucedió la arbitrariedad social. Y que equivocó la humanidad el camino pruébalo el hecho de la constante rebeldía, á pesar de la ignorancia, acosado el hombre por un tan extraordinario sufrimiento que no ha podido sobrellevarlo sin protesta, por más que no haya podido precisar el modo de emanciparse totalmente por falta de ciencia.

¿Qué son tantas guerras y revoluciones que narra la historia sino nuevas posturas para hallarse mejor, cambios y nuevas vistas para aliviar su malestar? ¿En qué libro no se encuentra manifiesta la constante desdicha, la continua queja y la ardiente lucha?...

No es menester ciertamente más para evidenciar que *no vivimos de acuerdo con la Naturaleza y con la Ciencia*; concluyendo que: *para que la sociedad realice sus fines—el bienestar individual y colectivo—es indispensable la igualdad para todos los seres que la constituyen*.

Por lo manifestado tenemos una idea de lo que es la sociedad natural, de lo que es la sociedad humana, su equívoca marcha y á lo que se encamina; pero es preciso ahondar más, haciendo un análisis crítico, por ligero que sea, de esas *sagradas instituciones*, los más firmes puntales de la sociedad presente, denominadas *religión, autoridad, propiedad, militarismo*, para deducir si ellas son útiles y necesarias á la humanidad, si condicen con el principio de la igualdad, primera base esencial para el bienestar común.

Mas sería fatigar demasiado el entendimiento si lo hiciéramos ahora, y será mejor aplazarlo para la próxima conferencia.

A. PELLICER PARAIRE